

# PLURALIDAD ONTOLÓGICA (MAPAS, NIVELES Y CONCEPTOS) SIN FRAGMENTACIÓN DE SENTIDO (MUNDO DE LA VIDA, METÁFORAS Y REDES)

LUCIANO ESPINOSA  
Universidad de Salamanca

RESUMEN: La complejidad inherente a la pluralidad ontológica requiere ser entendida con nuevos conceptos y metáforas: por un lado, tienen que superar la compartimentación de lo diferenciado y, por otro, tienen que construir puentes de sentido en favor de un enfoque más integrador de la realidad. Hay que evitar la fragmentación tanto desde una perspectiva objetiva como subjetiva, respectivamente, a través de la generación de clasificaciones abiertas y de vínculos simbólicos indirectos que puedan compensar la especialización disciplinar. Nociones como *nivel*, *mapa*, *mundo de la vida* y *red* contribuyen a esta tarea.

PALABRAS CLAVE: ontología; concepto; metáfora; mundo de la vida; mapa; nivel; red.

## *Ontological plurality (Maps, Levels and Concepts) with no fragmentation of meaning (life-world, metaphors and networks)*

ABSTRACT: The fundamental complexity of ontological plurality demands to be understood with fresh concepts and metaphors: on the one hand, they have to overcome the inner compartmentalization, but on the other hand, they have to build bridges of meaning for the sake of a more integrative approach of the reality. The fragmentation should be avoided, both from an objective perspective and a subjective one, respectively, through the creation of open classifications and indirect symbolic links that may compensate the disciplinary specialization. Notions such as *level*, *map*, *life-world* and *network* contribute to this task.

KEY WORDS: Ontology; Concept; Metaphor; Life-world; Map; Level; Network.

### 1. SENTIDO Y PROPÓSITO

Recordemos algunos cambios de enfoque filosófico propios de la época contemporánea para situar el tema sin pérdida de tiempo: el cuestionamiento de las identidades esencialistas y de la idea de Todo en beneficio de la pluralidad empírica y del peso del devenir frente a lo inmutable; el surgimiento de una fuerte conciencia histórica que hace depender cualquier ente de su contexto y de los procesos temporales que lo sustentan; el nacimiento de la hermenéutica y la fenomenología, junto a la importancia suma del lenguaje en la vida humana; el influyente desarrollo de la ciencia y de la técnica en todos los órdenes, así como el primado de la praxis sobre la vida contemplativa<sup>1</sup>. Cabe añadir que frente a los anteriores patrones objetivos y realistas de pensamiento (basados en la participación en un *logos* cósmico o divino) o subjetivos e idealistas (esquemas

---

<sup>1</sup> HABERMAS, J., *Pensamiento postmetafísico*, Madrid, Taurus, 1990, pp. 40-44.

trascendentales), que giran respectivamente en torno a las nociones nucleares de *ser* y *conciencia*, a partir del siglo XIX emergen las ideas de *mundo* y de *vida*, así como el arraigo en la corporalidad. Es cierto que todo se interpenetra y que hay variantes, pero la mudanza general de escenario parece evidente.

La tradición se había enfrentado al problema de la unidad y la pluralidad de diversas formas, en especial mediante el uso de la analogía (*analogia entis*) que asume la predicación multívoca del ser: todo coincide en que es, aunque cada ente es y se dice de modo particular conforme a su naturaleza, además de establecerse ciertas jerarquías. Pero la primacía de la cohesión cosmológica y el atemporal isomorfismo de ser y pensar no dejan lugar suficiente para las mediaciones históricas ni para asumir la *diferencia* plena y contingente de los individuos (salvo en corrientes de sesgo nominalista). Hoy, sin embargo, la realidad no suele ser pensada como algo compacto y jerarquizado («la gran cadena del ser»), cognoscible mediante parejas de esencias e ideas (adecuación), y menos aún como el despliegue del Espíritu que aúna Idea y Naturaleza. Lo que ha pasado a primer plano es la pluralidad que la constituye, captada desde distintos puntos de vista espacio-temporales (perspectivismo), dentro del diálogo permanente entre sujeto y objeto (relativo constructivismo), siempre puestos en situación dentro de un marco histórico y lingüístico determinado. El sujeto pensante es parte de un mundo movedizo (no está ubicado *fuera* con una visión panóptica o neutra, ni es infalible si cumple bien con su trabajo), condicionado por factores socio-culturales que hacen de la búsqueda de la verdad una empresa ardua y provisional.

Tales transformaciones obligan a elaborar una ontología distinta, claro está: no vale hablar de entes definidos de una vez para siempre mediante categorías fijas y tampoco resulta fácil suponer un orden armónico y dotado de fines. El diseño y el designio están en entredicho, mientras que el *sentido* de lo real flaquea, por decirlo así, con todas las consecuencias prácticas derivadas detrás. Así empezó a concebirlo la ciencia moderna, mediante las leyes naturales que captan lo exterior del objeto en vez de lo interior; lo cuantitativo frente a lo cualitativo y lo eficiente contra lo final, aunque paradójicamente acabara siendo platónica en su matematismo y eleática en su visión atemporal de las cosas. El mecanicismo surgido de ahí ha tenido que admitir después, no obstante, notables innovaciones conceptuales (obligadas por la teoría de campos, la irreversibilidad termodinámica, la relatividad y, sobre todo, por la mecánica cuántica y las teorías de la complejidad...), que a su vez tienen grandes implicaciones filosóficas, entre otras las que giran en torno a ejes como la relacionalidad intrínseca; la complejidad; la información, emergencia y autoorganización; la evolución; y la ecología<sup>2</sup>. Lo cual empuja a reflexiones más integradoras y a promover otro tipo de categorías.

<sup>2</sup> Cf. ESPINOSA, L., «Pensar la naturaleza hoy», *Pensamiento* vol. 57, n° 219 (sept.-dic. 2001), 431-450

Esta sucinta recapitulación histórico-conceptual estaría incompleta si no se refiere también a las ciencias humanas que crecen a lo largo del siglo XIX, precisamente para equilibrar la balanza: son las que aportan sentido apoyándose en la dimensión temporal y vivida de la experiencia —mediada corporal, social y lingüísticamente—, con la intención de *compensar* la desnudez de las ciencias positivas<sup>3</sup>. Algo que después marcha de la mano con la noción de un devenir que genera novedad cualitativa, ajeno por igual a las ideas de una naturaleza acabada y de una historia unitaria y predeterminada. Todo lo cual debe entenderse a la luz de los profundos cambios políticos, económicos, estéticos, sociales, tecnológicos, etc., que redundan en lo que podría llamarse la *partición* de lo real en múltiples ramificaciones y esferas. Es el precio, a la vez que el rico legado, de la *modernización*, de ahí que sea necesario afrontar esa pluralidad de elementos y factores por medios que eviten la dispersión insalvable de lo fragmentado. Lo importante es tender puentes entre ámbitos diferentes, en el bien entendido de que no zanján los problemas, sino que sólo aportan otras vías de conexión.

## 2. LA RENOVACIÓN DE LOS CONCEPTOS

El pensamiento filosófico opera con conceptos y metáforas (como la propia ciencia) que se renuevan y reinterpretan, tanto por su origen como en su estructura y función. Son herramientas intelectuales, claro, no correlatos de las cosas mismas o categorías innatas de la conciencia (el *espejo de la naturaleza*, según la célebre fórmula de Rorty). Decir que deben idearse modelos más flexibles, que no respondan ya a *condiciones de posibilidad* inalterables, sean fácticas (objetos) o mentales (sujeto), supone el intento de traspasar fronteras rígidas sin caer en la arbitrariedad. Si las nuevas teorías se ocupan de planos ontológicos, relaciones y procesos abiertos de muy diversa índole, no por ello hay que renunciar a comunicarlos de alguna manera conceptual, dentro de cierto monismo pluralista.

El objetivo perenne es conocer cómo se estructura lo real, qué patrones rigen el acaecer de lo que existe para relacionar todos esos planos con sentido, aunque a veces sea de manera oblicua. El ser humano entiende y ordena a partir del acto de identificar algo (distingue, describe y nombra), con la intención de establecer clasificaciones donde encajan las piezas de ese inmenso puzzle, además de las pautas que lo gobiernan. Eso significa que la gran pluralidad de entes, hechos y cambios tiene que ser esquematizada en función de sus rasgos y nexos, de manera que las teorías se convierten en los sistemas simbólicos que intentan dar cuenta (con diferentes métodos, lenguajes y escalas) de esa gran variedad de datos, observaciones, cálculos, predicciones... Pero hay que tener cuidado con la mera yuxtaposición acumulativa, aunque ya se trate de teorías

<sup>3</sup> MARQUARD, O., *Filosofía de la compensación*, Barcelona, Paidós, 2001, pp. 65s.

relativas a conjuntos articulados e irreductibles entre sí, para no perder de vista el significado ontológico global que puedan tener para un humano ávido de referencias cercanas y de arraigo.

El mundo no está compartimentado en bloques y/o niveles de cosas, obviamente, sino que los humanos deciden cómo expresarlo mejor. Lo que se plantea es que tal vez haya sistemas (conjuntos de notas y relaciones) que expresan organizaciones comunes a las cosas. Entonces, las teorías deben explicar cómo son los campos de realidad acotados, mostrar qué patrones, vínculos y propiedades los definen, siempre con el apoyo experimental disponible. Y eso en sentido *intensional* (cómo son, cuál es esa entraña propia) y *extensional* (cuántos grupos, sectores y/o niveles se distinguen), buscando la mayor coherencia y precisión posibles hacia dentro de cada uno y entre ellos<sup>4</sup>. La aplicación metafísica que ahora interesa sería algo así como cortar el espesor de lo real en algunas capas (en vertical) o introducir fronteras provisionales (en horizontal) entre ámbitos que tienen alguna entidad propia, utilizando a su vez presupuestos epistemológicos concretos. Pero una vez más surge la pregunta: ¿hay forma de relacionar todo eso, al margen de sus específicas teorías formalizadas?, o, visto de otra manera, ¿cómo evitar un holismo homogeneizador y un atomismo disgregador?

Lo dicho conduce al viejo dilema de la distinción entre *clases naturales* de cosas (con propiedades internas y relacionadas que definen a un conjunto de entes) y *clases no naturales* (creadas por invención y atribución sólo externa). Lo que implica preguntarse hasta qué punto responden a la evidencia de las cosas mismas o no, y por tanto son creadas según criterios antropomórficos. Las posiciones extremas son insatisfactorias, pues casi nada se presenta como inequívocamente constituido ni tampoco es concebido por un puro capricho carente de apoyos y razones (como la famosa clasificación absurda realizada en China, según la propuesta de J. L. Borges en uno de sus cuentos). El observador e intérprete es alguien que duda y cambia de criterio, que aprecia semejanzas y regularidades tanto como diferencias y discontinuidades. Hay multitud de definiciones posibles, al igual que hay campos borrosos que se cruzan, propiedades ambivalentes que responden al punto de vista y a los baremos concretos utilizados, etc. En definitiva, se pasa de lo individual a lo general, pero ya no basta con decir que lo universal y necesario define sin fisuras al conocimiento.

Adopto un constructivismo moderado que reconoce opciones conceptuales en el terreno de las clases y por consiguiente de la taxonomía, sometidas a revisión y validadas por su eficacia explicativa y predictiva. Puede afirmarse de manera sencilla que lo real (que incluye lo natural y lo cultural siempre mezclado) ofrece rasgos más o menos destacados y estables, y que el investigador crea por su lado marcos de referencia categoriales que seleccionan, enfocan y filtran al hilo de hipótesis y modelos variables... Parece obvia la interacción constante y no siempre bien delimitada entre sujeto y objeto, donde la presumible

<sup>4</sup> MOSTERÍN, J., *Conceptos y teorías de la ciencia*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 217s

existencia de un entramado causal independiente del ser humano admite un abordaje desde diferentes entradas, de modo que las clases que remiten a conjuntos de seres no sean estancas ni fijas. Luego juega un papel importante la postura perspectivista que aquí se asume, aunque ahora no pueda detallarse, que nada tiene que ver con el escepticismo y el relativismo al uso.

A este respecto, Richard Boyd sostiene que lo que sustenta a las clases o grupos que establecen los humanos es la consideración de un «racimo homeostático de propiedades» (algo que sea frecuente y duradero, ya que no definitivo), en tanto que resulten coherentes entre sí y sean compatibles con esa estructura causal de fondo, como por ejemplo se ve en los minerales o en las especies biológicas, aunque con matices siempre. A esto lo llama «acomodación» de los tipos así instituidos a la probable realidad de las cosas, dentro de cierto realismo no ingenuo ni dogmático, en el sentido de que no hay univocidad estricta, sino una «vaguedad» flexible que salva la variedad de perspectivas, disciplinas e intereses humanos<sup>5</sup>. Las tipologías dependen al final de los datos disponibles, pero también de las condiciones histórico-contextuales y de las posibles intersecciones entre las clases, por lo que la categorización es algo abierto, cual medio pragmático para conocer. Los cambios de paradigma, según Kuhn, parecen tener ahí su letra pequeña y su vivero, además de los grandes asuntos.

Si esto ocurre en el ámbito natural, con mucho más motivo acontece en el social, donde la acción humana y los enfoques ideológicos (tomados en sentido amplio) son los decisivos. Si clasificar siempre guarda relación con la praxis y los fines de quienes lo hacen, además de ser clases provisionales y porosas, la *narración* de los hechos históricos fluidifica aún más las cosas y se abre a la revisión frecuente. Lo cual no significa que las categorías y los vínculos causales entre sucesos sean caprichosos, pues entonces no tendrían utilidad alguna, ni heurística ni aplicada. Ocurre que el contexto cultural tiene un peso indiscutible en la medida en que define, pongamos por caso, qué se entiende por naturaleza (con sus muchos contenidos) y qué por épocas históricas (con sus múltiples factores entremezclados). En eso que llamamos realidad, conviene repetirlo, no hay un orden canónico e indiscutible (al menos a nuestro alcance), sino los diferentes planos y secuencias que se buscan *ahí fuera*, a la vez que son *reconstruidos* con mejores o peores argumentos.

Dadas tales premisas, es pertinente introducir la noción de «objeto-red», presentada por A. Fernández Mallo: «las entidades y las cosas que forman nuestra realidad son cada una de ellas una red en la que se concita toda clase de facetas y características materiales, lingüísticas, históricas, políticas y sociales, de tal suerte que forman una red de intercambios materiales y simbólicos que no pueden manifestarse todas al mismo tiempo; según como se miren aparecerá

<sup>5</sup> BOYD, R., «Realism, Natural Kinds and Philosophical Methods», en BEEBEEY, H. & SABBARTON, N. (eds.), *The Semantic and Metaphysics of Natural Kinds*, New York, Routledge, 2010, pp. 216s.

una faceta u otra, o una mezcla de facetas»<sup>6</sup>. Lo decisivo es el intercambio material y simbólico al que se alude, y la idea de red —que tomo prestada para usarla en una primera variante, pues habrá más— evidencia la multidimensionalidad de los objetos y de las miradas sobre ellos. La red reúne e integra los aspectos, los conecta en vez de yuxtaponerlos, para ofrecer un corte transversal y *poliscópico* de la cosa. Así lo muestra el ejemplo de la taza de café que ofrece el autor: la taza implica una dimensión física, en última instancia atomista, que tiene su propia historia científica; también cuenta el material, por ejemplo porcelana, originaria de China; la decoración y la forma, que remiten a categorías estéticas; la palabra que la nombra para diferenciarla de otros recipientes (lenguaje); o cómo se comercializa (aspecto económico), etc.; todo lo cual está entreverado y la convierte en una *entidad compleja*. Bien es cierto que estas propiedades y facetas no son simultáneas a la hora de referirse a ella, sino que se seleccionan y combinan de diferente manera en cada contexto, lo que da lugar a clases distintas y cruzadas entre sí desde el punto de vista del observador, sin excluir una global (p. ej. taza) que las resuma.

Cada objeto se convierte en un *holograma*: cada pequeña parte de lo real encierra un mundo mayor de rasgos (materiales y simbólicos), mientras que tiene una entidad propia a la par que se abre a otras y a distintas lecturas de esa identidad multiforme. Esta interpretación ontológica (llamada por Fernández Mallo *Realismo complejo*) ofrece una visión constituida «por una colectividad de resultados e ideas conectadas mediante enlaces horizontales, sólo parcialmente jerárquicos, llamados *redes*, los cuales dan lugar a una *complejidad*, un tejido, que las *teorías de sistemas complejos*, al menos como símil, pueden ayudar a entender y eventualmente formalizar»<sup>7</sup>. Lo que importa pues son los enlaces polivalentes, donde se trenzan distintas facetas e ideas, hasta constituir diversos plexos de sentido que se co-implican, de ahí que mi lectura de este *complexus* asume la idea de un sistema abierto de notas, lo que demanda la creación correlativa de conceptos-red. Sin olvidar que los objetos-red a menudo están insertos en otras redes compuestas que llamo de segundo o más grados, como se verá.

La noción de red modifica la explicación iniciada en la física contemporánea, donde lo individual cede protagonismo al *campo*: se ha dicho que el modelo aristotélico ponía el énfasis en los individuos o sustancias, que luego interactúan hasta cierto punto sin perder su naturaleza, mientras que el campo los subsume como meros puntos de aplicación y les da consistencia efímera, de forma que dependen de ese todo dinámico e integrado<sup>8</sup>. En cambio, la red no diluye la entidad singular, sino que la conecta (objetiva y simbólicamente) con otras en un conjunto no tan holista o indiferenciado, donde destacan unos nexos no tan prefijados. Desde otro ángulo, cabe hablar incluso de un enfoque

<sup>6</sup> FERNÁNDEZ MALLO, A., *Teoría general de la basura (cultura, apropiación, complejidad)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018, p. 21

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 22

<sup>8</sup> ZUBIRI, J., *La estructura dinámica de la realidad*, Madrid, Alianza, 1989, pp. 52 y 65.

*ecológico* en sentido lato, pues cualquier ente está abierto constitutivamente al medio y todo sistema neguentrópico depende de los intercambios. A estas dos lecturas se suma el carácter procesual cualitativo propio de las recientes teorías de la complejidad (sistemas autoorganizados, no lineales, emergentes, etc.), lo que las hace aún más plásticas y relacionales. Podría llegar a concluirse, en fin, que la realidad es una malla de redes materiales (espaciotemporales) y simbólicas, con muchas conexiones posibles (circuitos de materia, energía, información y sentido), lo que finalmente la dota además de un carácter multidimensional.

Las interacciones entre sujeto y objeto se van enriqueciendo, ya que aquél también es parte de unas redes y sus aproximaciones a las cosas son eventualmente perspectivistas. Pero con tantas combinaciones reticulares los resultados cognoscitivos podrían ser enmarañados, nunca mejor dicho, de modo que conviene añadir otra guía que permita acotar y ordenar mejor esas variables multilaterales. Así, el siguiente paso elegido para renovar el utillaje intelectual se apoya en la noción-metáfora de *mapa*: el modelo cartográfico de pensamiento sirve para mostrar la importancia de los vínculos y circuitos, así como la composición de escalas. Vale decir que los individuos-red se agrupan en clases (en cierto modo superpuestas o cruzadas) y que éstas conforman planos de realidad, que a su vez se plasman en mapas. No es una simple cuestión retórica, sino la manera de evitar el reduccionismo *por abajo o por arriba* y establecer una selección de ciertos lazos: usar mapas ayuda a situar los objetos de estudio en cada contexto pertinente, como si la *red de caminos* categoriales se ubicara en un territorio determinado.

En esta línea, Howard Robinson enfatiza la importancia de crear mapas del mundo (*world maps*), pues ubican a los objetos en un marco orientativo: conocer supone la capacidad de tener representaciones de las cosas, donde se recogen sus rasgos prominentes, lo que ya implica una cierta «estructura sintáctica» compartida entre objeto y pensamiento para registrar y procesar informaciones, pero esto requiere una dimensión empírica proporcionada por la idea de mapa. Al situar el «dossier» de informaciones mentales de cada cosa en este ámbito cartográfico se elude el subjetivismo mediante su contrastación con otras, para ver si encaja o no con los conocimientos consolidados, y además el mapa es actualizable a lo largo del tiempo<sup>9</sup>. Lo interpreto como unas conexiones situadas, más manejables y circunscritas: una suerte de cosmovisión de bolsillo, dado su menor alcance y pretensiones, dotada de mayores contenidos documentales, por así decir. A lo que bien podría añadirse la analogía con el lenguaje que todo lo vehicula, en sus clásicas dimensiones de la sintaxis (entre objeto y sujeto), la semántica (el dossier) y la pragmática (según los mapas particulares).

<sup>9</sup> ROBINSON, H., «The Ontology of Thought», en LOUX, M. J. & ZIMMERMAN, D. W. (eds.), *The Oxford Handbook of Metaphysics*, Oxford University Press, 2003, pp. 543s., 547-549, 554.

La propuesta final es que las propiedades estables («racimo homeostático») de individuos-red hacen posible su asociación flexible en clases, sin eliminar las intersecciones de unas y otras (conceptos-red), de manera que luego las clases encajan en el modelo cartográfico, que a su vez retroactúa (son el marco de contraste) sobre aquella caracterización. Con la ventaja añadida de que los mapas se conectan también entre sí y sustituyen la férrea arquitectura de los viejos sistemas filosóficos, dando cabida en su caso a la reconfiguración reticular en esos tres planos. Semejante bucle de sentidos permite captar mejor la pluralidad ontológica hacia dentro y hacia fuera de tales planos, haciendo de la combinatoria de rasgos su palanca. Al cabo, son mapas de redes que conectan clases, las cuales ya recogen y articulan los diversos ingredientes y facetas del objeto-red, todo lo cual complejiza la perenne dinámica entre el todo y las partes. Y es que esta última pareja, que es la que subyace a cualquier visión intuitiva de lo real, necesita ser reformulada para evitar una consideración externa y un tanto mecánica de piezas yuxtapuestas. Veamos a continuación un ejemplo de lo dicho, reinterpretado libremente, de manera que estas consideraciones abstractas se encarnen en una estructura conceptual concreta.

### 3. LA PLURALIDAD ONTOLÓGICA EN FERRATER MORA

Ferrater Mora aborda los niveles de realidad en forma de continuos, que a su vez son el soporte ontológico siquiera indirecto para desarrollar otros asuntos (la obra de 1983 ahora citada tiene cuatro epígrafes: realidades, acciones, deberes y valoraciones). Este autor, quizá un tanto infravalorado o sólo asociado al famoso diccionario que elaboró, encarna el tránsito desde posiciones ancladas en la conciencia trascendental (las *ontologías regionales* de Husserl y en menor medida la filosofía de N. Hartmann, que le influyó bastante según indica él mismo) hacia otras más empíricas y dialogantes con la ciencia. Recuérdese, por otro lado, que al hablar de realidad debe incluirse todo tipo de asuntos, en especial desde el punto de vista del pensamiento: lo que existe y lo posible, lo material y lo simbólico, lo experimental y lo ficticio, lo lógico y lo absurdo, lo natural y lo específicamente humano, lo dado y lo inventado, etc. Y la pregunta que nos incumbe es cómo moverse entre todo ello con cierta soltura, pero sin caer en errores categoriales.

Si sólo el intérprete está en condiciones de atribuir significado y sentido, dentro de lo que denomina *mundo* y por tanto ya está humanizado, no es factible hablar de una realidad dada en bruto y homogénea, o desde inalterables principios lógicos. Tampoco se quiere pasar al otro extremo, ni es momento de entrar en los *juegos del lenguaje* propios de discursos con reglas y códigos inconmensurables entre sí. La ontología aquí tratada aspira a bosquejar el armazón básico de lo que hay, en forma de un conjunto de tipos (o mapas) de entes: su agrupamiento y distribución en sentido extensional, y sus rasgos intensionales respectivos. Y ése es el propósito integrador que a la vez distingue



niveles (conformados por clases y redes) en la medida en que el escalón inferior sostiene al superior, donde éste incluye a aquél, pero añade algo más: la emergencia de lo cualitativamente novedoso. Enfoque que también puede verse desde la fusión de forma y proceso, toda vez que el carácter dinámico mencionado supone que lo real y las categorías que pretenden describirlo estén sometidos a una reconfiguración nunca agotada.

Desde una posición naturalista y más bien utilitaria, apoyado en la recursividad permanente de las teorías creadas por el aparato cognitivo humano (evolutivo en la filogénesis hominizadora e histórico después), Ferrater propone un realismo afincado en la materialidad primaria de cuanto existe, sin que ello implique reduccionismo alguno: la noción de materia es «de conveniencia», dice sin entrar en más disquisiciones, y sólo implica que toda realidad, incluidos los artefactos simbólicos denominados conceptos, está «entreverada» de una u otra forma con las «organizaciones materiales del mundo natural» y las leyes de la física<sup>10</sup>. Todo remite a una base material, en cuanto punto de partida, a la vez que se consideran las mediaciones simbólicas de la cultura y los posibles reajustes ulteriores. El pensador evita la vieja pregunta por el fundamento último, así como enredarse en supuestos onto-lógicos que lo explicarían casi todo sin fisuras, y prefiere apoyarse tanto en la intuición ordinaria como en las aportaciones científicas. Si acaso se trasluce de manera implícita un aire de familia con la teoría general de sistemas (Bertalanffy) en lo que se refiere al uso de esquemas formales comunes a diferentes contenidos.

El andamiaje conceptual es sencillo pero eficaz: conviene pensar en *sistemas* sostenidos por las relaciones que vinculan a ciertos elementos, en *niveles* con una *estructura* particular según la «disposición» de los elementos y el tipo de relaciones específicas que albergan (al que corresponde un «marco conceptual» que las describe), y en *propiedades-funciones* que explican los «comportamientos» de los niveles y sus estructuras internas, regidos por una mezcla de dependencia respecto a lo inferior y autonomía emergente de lo superior (se cita a N. Hartmann y K. Lorenz como referentes); de modo que esos estratos conforman un *continuo* sin rupturas, pero con transiciones, pues hay cambios en su organización, propiedades y comportamientos respectivos; pero a la postre se busca ascender y descender por la escala dentro de un «continuo de continuos»<sup>11</sup>. Continuidad y diferencia vuelven a entrelazarse, no queda otra opción, en lo que podría traducirse como un mapa de conjunto (el continuo) que incluye otros mapas (niveles) y redes (estructuras) menores, donde se agrupan los objetos-red (sistemas). Como se ve, esta terminología encarna los conceptos-red mencionados, pues unos remiten a otros para formar un diseño global.

De modo más concreto, hay que decir que el nivel primario es el físico-químico (sería un mapa o clase general que contiene subclases posibles, según nuestra terminología), en el que se asienta el resto; y del cual emerge el

<sup>10</sup> FERRATER MORA, J., *De la materia a la razón*, Alianza, Editorial, Madrid, 1983, p. 24.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 28-32.

nivel orgánico-biológico (otra clase amplia con subclases reticulares), en tanto que subconjunto dotado de otra estructura organizativa; así como ocurre con el tercero que es el social (y sus eventuales subclases) respecto al anterior; y por último emerge el nivel cultural (con sus redes simbólicas), que recoge las «objetivaciones» o «fijaciones» creativas que llevan a cabo los humanos (unos seres particulares que tienen entidad físico-orgánica, claro) y de cuyo comportamiento social-comunicativo se desprenden tales obras. Ferrater suele hablar de distintos grados de inteligencia, sin introducir una ruptura con otros animales. En el caso del *sapiens* prima el carácter autoconsciente impregnado de los significados que atribuye a las cosas, pero aquellas objetivaciones simbólicas no pueden ser calificadas como «realidades ideales» externas o ajenas a las demás (al modo platónico), según el autor, pues la dependencia última que lo superior tiene de lo inferior no lo permite, por más emergente que sea.

A la vez es cierto que lo inferior es «condición necesaria pero no suficiente» de lo superior, que ya incluye las infraestructuras previas, pero no al revés. Por ejemplo, una sonata es la creación de un ser físico, viviente, social e histórico, entendidos estos adjetivos como reflejo de dimensiones y principios organizativos distintos<sup>12</sup>. Digamos que no hay literatura sin la carne viva de un sujeto pensante y ejecutor; ni lienzo sin soporte material o pigmentos, pero en los átomos no anida ni siquiera en potencia el arte. Por cierto que el arte (una subclase de la cultura) merece una consideración especial para Ferrater en tanto creación única e indefinible, pero no cabe entrar ahora en ello. Su teoría recuerda en parte a las muñecas rusas o a los círculos concéntricos (sin ver en estas metáforas ninguna simetría interna que homogenice las cosas), en el sentido de que son realidades incluyentes y excluyentes a la par, mayores y menores, dentro de un gran contenedor unitario, pero que sólo resulta inteligible al articular y distinguir sus estratos. Unidad y pluralidad son recíprocas, pero lo decisivo es que existen estructuras cualitativamente distintas en cada ámbito.

La clave de la explicación (aunque limitada a los cimientos del *edificio*, sin entrar en lo socio-cultural) es la siguiente: «a) la materia llamada inanimada es sede de actividades que, organizadas de ciertos modos, dan lugar a reacciones químicas; dadas ciertas condiciones, y específicamente ciertos procesos de autoensamblaje tienen lugar procesos orgánicos; b) que los organismos son también entidades físicas con propiedades-funciones físicas, pero que están organizadas de acuerdo con otro sistema de propiedades-funciones; c) que cabe considerar los modos como operan los procesos físicos en los organismos (...) incluyendo los más desarrollados desde el punto de vista bioquímico y neurobiológico. El nivel biológico es *emergente*, de modo que lo físico, sin más, es una condición necesaria, pero no suficiente, para dar cuenta de las peculiaridades de los organismos (...) Tal emergencia despliega posiblemente grados diversos, dependiendo de los grados de complejidad de los tipos de organización

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 34s.

considerados»<sup>13</sup>. Y algo similar podría decirse de los siguientes niveles, respecto a patrones que ligan elementos en distintos sistemas y de diversos modos. El *corte* en el grosor de lo real es cualitativo, no cuantitativo, donde cada ámbito tiene sus propios vínculos, pero a la vez se insiste en su gradualidad para evitar hiatos.

La idea de red puede reunir las nociones mencionadas por Ferrater: el ensamblaje de elementos, la organización que decide sobre su comportamiento particular (más allá de las propiedades-funciones por sí solas), lo que da lugar a la actividad inherente y a los tipos de complejidad que hay en cada estrato. Permanece lo *material* (átomos, moléculas, células...) en términos extensionales, mientras que cambia lo intensional (pautas, procesos, sentidos simbólicos...). Es interesante además que se hable de planos encabalgados para enfatizar las conexiones, de forma que el monismo naturalista quede matizado: así, existe el continuo físico-orgánico, el neural-mental como particularización del biológico (que incluye en términos de grado lo propiamente humano), el continuo orgánico-social y el social-cultural, haciendo mención expresa de la relevancia de la comunicación lingüística. Y a partir de ahí el autor tratará los temas pertenecientes a la razón práctica ya indicados al comienzo de este apartado, en un notable ejercicio de integración discursiva que los arraiga ontológicamente, aunque sin caer en la falacia naturalista. Otra discusión sería la que versara sobre si la consciencia de los seres vivos sólo se diferencia por grados.

Lo que sí cabe ahora es añadir una mirada complementaria a las divisiones en niveles, de la mano de J. Wagensberg, quien ve en la *perseverancia en el ser* la raíz última y «trivial» de todo: la autoafirmación primordial de lo real, ese axioma ontológico que, como otros habían dicho antes, se expresa luego por diferentes vías. El físico de la complejidad mentado las asocia de esta manera: los tipos de materia (la inerte, la viva, la culta y la social) tienen su propia identidad, regida por sus correspondientes tipos de selección (fundamental, natural, cultural y social), y muestran aquella perseverancia bajo las rúbricas de estabilidad, adaptabilidad, creatividad y negociabilidad, que a su vez llama «estar, vivir, conocer y sobreconvivir»<sup>14</sup>. Luego también establece cuatro estratos o campos de realidad similares a los conocidos (salvo la inversión en el orden de los dos últimos), definidos por rasgos tipificados en sus clases conceptuales y modalidades, todo apoyado en el hecho de que la realidad se manifiesta según procesos selectivos. Y este cambio por selección es un elemento interesante para entender la dinámica de lo real y las relaciones entre los niveles y continuos. Además, las certidumbres ontológicas sobre los entes quedan sometidas a la incertidumbre general propia de un universo en devenir, añade, lo que produce innovación mediante esas interacciones. Es cierto que Wagensberg no habla de continuos en el seno de una escala, sino que aporta una mirada circular entre

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>14</sup> WAGENSBERG, J., *Las raíces triviales de lo fundamental*, Barcelona, Tusquets, 2010, pp. 225, 232, 257.

clases de materia, de selección, de perseverancia y de actividad, lo que enfatiza la interrelación global de todos esos planos.

Conviene recapitular y decir que las configuraciones y formas de ser son dinámicas y activas de por sí, luego es obligado referirse a su carácter procesual en registros diferentes. Importa subrayar que son estratos inferiores y superiores en términos descriptivos, no valorativos, y que —como están interconectados para el humano— cabe aplicar la noción de redes que recogen eventuales tramas internas y transversales. Por ejemplo, cualquier ente ligado a la vida humana que lo examina implica conexiones de aspectos físicos, neurales, simbólicos, sociales, históricos... La pluralidad del *qué hay* se desglosa en el *cómo es*, según se ha dicho, pero también se extiende a la aparición de cualidades nuevas y rasgos inéditos (compatibles con las leyes físicas conocidas), de manera que en el *sapiens* la creatividad —con sus rasgos propios— nace también de la innovación natural, pues todo forma parte de un mundo evolutivo y creador desde la base<sup>15</sup>. La acción inventiva y deliberada no es compatible con el mecanicismo ni con la mera repetición, sino que arraiga en la tremenda complejidad natural que genera saltos organizativos a lo largo del tiempo. Pero ése también es otro tema.

#### 4. ALGUNOS VÍNCULOS TRANSVERSALES

Como es obvio, estas reformulaciones de los perennes problemas de la identidad y la diferencia, lo uno y lo múltiple, el ser y el devenir... no resuelven las dificultades, e incluso plantean otras (p. ej. en qué consiste exactamente y cómo surge lo emergente). Además, parece muy difícil superar los diferentes marcos disciplinares y categoriales para integrarlos de manera solvente. En otras palabras, no basta con mencionar esos cuatro grandes planos de lo real ni los conceptos comunes que los atraviesan, sino que deben buscarse conexiones de sentido para la experiencia humana. De ahí que haya que desarrollar herramientas teóricas que ayuden al menos a comunicarlos, siquiera de manera indirecta, y para ello voy a proponer tres vectores: el mundo de la vida en sentido amplio (no *Lebenswelt* al modo husserliano sin más), el papel polivalente de la metáfora y el concepto de redes (tomado en un tercer significado).

4.1. La noción de mundo de la vida alude, como es sabido, al *suelo* sobre el que se construye todo lo demás (incluida por supuesto cualquier teoría ontológica), el humus que alimenta la existencia colectiva y que insufla *sentido* también a las categorías. Podría decirse que es la *condición de posibilidad* del resto de creaciones y que se refiere a los presupuestos implícitos, a lo dado por supuesto sin que pueda ser explicitado porque entonces se cosifica y degrada. Es algo tan huidizo como eficiente, la matriz que genera los contenidos

<sup>15</sup> PRIGOGINE, I., *El fin de las certidumbres*, Madrid, Taurus, 1997, pp. 78s.

particulares, formada con los sedimentos históricos de muchas generaciones: un depósito cultural ingente de nociones y prácticas, tradiciones diversas, consensos capitales, sobreentendidos, la *doxa* del sentido común..., todo ello consolidado en y por el lenguaje, tanto en su vertiente denotativa como connotativa, que es la clave de bóveda del edificio. El mundo de la vida, en fin, tiene algo de la potencia aristotélica siempre en camino hacia la actualización.

Añádase, para esbozar un marco elemental de referencia, que después cabe hablar de diferentes *mundos* coexistentes en la vida ordinaria de las personas y las culturas: el de las ciencias, la ética, la estética, el derecho, la religión, etc., así como de una dialéctica recursiva de fondo entre dos grandes formas de abordar la existencia: la filosofía de la subjetividad y la de la objetividad tecno-científica, entre ciencias naturales y humanas<sup>16</sup>. Todo lo cual implica precisamente considerar los cuatro niveles tratados (físico, biológico, social y cultural) desde perspectivas heurísticas y hermenéuticas cruzadas, en parte antagónicas y complementarias. Pues bien, del mundo de la vida surgen las grandes preguntas que esos discursos abordan, y además proporciona el *horizonte de sentido* tanto previo como final donde aquéllas encajan para seguir alimentándolo. Supone algo así como el terreno de juego multiforme y lleno de posibilidades, también existenciales, para los debates teóricos e ideológicos. Por eso es anterior a cualquier paradigma y se define como una suerte de memoria colectiva latente, incluido el conjunto de pre-juicios que más tarde hacen posible el juicio.

Cuando Husserl acuña el vocablo en su obra *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental* (1936), se refiere a un *a priori* trascendental y precategórico que apunta a la experiencia de unidad y sentido que rebasa con mucho lo que el positivismo propone. Dejando de lado ese particular enfoque de la conciencia, que no esta última consideración, parece que la crisis ocasionada por el cientificismo consiste en reducir y mutilar la vivencia humana, despojándola de todo lo que la vida cotidiana implica (los valores, las creencias, lo *razonable*, los resortes para la acción...), en aras de una cuantificación y exactitud que la disecan y congelan. Se han hecho distintas lecturas del tema, pero baste quedarse con que lo vivido llega antes que lo pensado y que lo trasciende e incorpora, pues tales experiencias de conjunto son más vastas y determinantes, y a la postre lo impregnan todo. La perspectiva es más sintética que analítica a todos los efectos.

Ahí priman las urgencias prácticas, los intereses vitales, los vínculos intersubjetivos que anteponen lo compartido al yo más o menos encerrado en sí mismo. El mundo de la vida atesora cogniciones y emociones, normas y valores, creencias, fines y propósitos... compuestos a la vez por elementos objetivos y subjetivos, ideales y empíricos, previos a las divisiones posteriores. En él concurren aspectos filogenéticos de la especie e históricos de las sociedades,

<sup>16</sup> GARCÍA GÓMEZ-HERAS, J. M<sup>a</sup>., *Ética y hermenéutica. Ensayo sobre la construcción moral del «mundo de la vida» cotidiana*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 100ss.

esferas naturales y culturales entremezcladas, deseos, solidaridades básicas y tensiones, relaciones primordiales con el entorno..., a todo lo cual la racionalidad impondrá mejores o peores corsés codificadores, con el respaldo imprescindible del lenguaje que encarna la comunicación subyacente. Por dar un ejemplo revelador, es de sobra conocido que la *razón comunicativa* propuesta por Habermas se apoya necesariamente en «el mundo moral vivido» y en la capacidad de diálogo de quienes habitan ese espacio simbólico, antes de entrar en cualquier otra consideración.

Visto desde otro ángulo, cabe generalizar el enfoque y distinguir dos planos contrapuestos pero simultáneos y complementarios: el de lo vivido e implícito, sobre un suelo previo o depósito comunitario, fundado en la praxis, los sobreentendidos, la memoria oral, lo intuitivo, los prejuicios y los automatismos...; y otro explícito que regula por escrito, que objetiva y tasa las cosas y los actos, que abre un espacio público de obligaciones y derechos... A ellos los ha denominado José Luis Pardo *los juegos I y II* (el del «nativo» y el del «explorador»), haciendo notar que son dialécticos y están «encabalgados», a la vez que permanecen irreductibles entre sí; que se retroalimentan en diálogo permanente, sin fundirse, para hacer posible la vida, la verdad y la virtud desde ambos lados<sup>17</sup>. Aportan, respectivamente, el sentido y la lógica, la emoción y la razón, los atributos del actor y los del espectador, toda vez que coexisten aunque no a la vez en cada hecho y dicho. Hay, pues, un circuito entre ambos que la filosofía trata de comprender mediante el juicio ponderado que los une y los diferencia, una especie de *juego III* que afirma y niega, que asume y critica cualesquiera de sus elementos<sup>18</sup>, lo que es otra manera imprescindible de establecer puentes y nexos.

La filosofía intenta abrir canales de comunicación entre el mundo de la vida y el resto de «mundos», cosa que implica a los niveles ontológicos mencionados más arriba. Si en cada estrato hay elementos, estructuras y conceptos que no pueden asimilarse ni intercambiarse con los de otros, al menos puede afirmarse que se relacionan indirectamente por el vínculo que todos tienen con ese ámbito subyacente. Aunque sea dando un rodeo, es factible comunicar lo físico, lo biológico, lo social y lo cultural porque el mero hecho de distinguirlos y nombrarlos, interpretarlos y asumirlos, se alimenta de aquel fondo común, a la par que ahí se vierte el precipitado de los discursos respectivos. Todo lo cual desemboca en la idea de *cosmovisión*, que podría ser actualizada para tener mayor utilidad cognoscitiva, en la medida en que lo engloba todo sin confundirlo. De hecho, hay dos grandes tipos de ideas del mundo presentes en muchas sociedades y culturas, una espontánea e intuitiva, popular (*folk*), y otra científica mucho más sofisticada. Y las dos coadyuvan al desarrollo de la vida

<sup>17</sup> PARDO, J. L., *La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2004, pp. 26-29, 95-98, 408, 470.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 676, 680s.

cotidiana en diversos aspectos y contextos, aunque no siempre hermanados ni conscientes.

El papel general de mediación de la filosofía sigue siendo difícil por razones socio-históricas y por la propia dificultad de la empresa, pero debe oponerse a que el mundo de la vida sea desvirtuado y manipulado para convertirlo en una mercancía más. En este sentido, importa recordar el llamado capitalismo de la vigilancia y la atención (que invade la intimidad personal y maneja en buena medida las emociones); o el negocio en ciernes y no siempre curativo que interviene en la entraña de la condición humana mediante las tecnologías NBIC (nano-bio-informacionales-computacionales) y apunta en algunos casos al transhumanismo; o en la variante de la biología sintética que genera tipos ontológicos híbridos denominados *bioartefactuales*<sup>19</sup>. Nada más necesario, por tanto, que salvaguardar aquella complejidad e independencia relativa —el mundo de la vida como intersección de naturaleza, cultura e historia— mediante una ética y una política adecuadas. Sólo de ese modo podrá cumplir su papel comunicador sin distorsiones excesivas.

4.2. En las últimas décadas se han ensayado las importantes vías del lenguaje y de la corporalidad como vínculos transversales entre *mundos* y niveles. El lenguaje natural sirve de matriz para los demás (lo que atañe, claro está, a los discursos sobre los cuatro estratos y sus variantes) y es donde se condensa la experiencia vivida, mientras que el cuerpo lo implica todo también y arraiga al humano en el espacio-tiempo. Claro que desde que Merleau Ponty, por dar un ejemplo, hablara de esa fenomenología previa a la consciencia han irrumpido nuevos y ruidosos elementos en el escenario, que en cierto modo quieren abolir esa condición *analógica* espaciotemporal. Aunque la digitalización y la *virtualización* en curso abren nuevos planos de realidad que requieren su propia ontología, un fenómeno insólito como la pandemia vírica nos recuerda el peso insoslayable de la biología y la ecología... El ser humano es aquel que habla y piensa desde el cuerpo, de modo que cabe buscar —para los fines conectivos— una expresión de ese hecho en el uso que hace de las metáforas, pues reúnen de forma única lo lingüístico y lo corpóreo, amén de trasvasar significados y sentidos entre ámbitos dispares.

La metaforización tiene diversas vertientes, pero aquí importa que relaciona lo diferente y propone saltos entre las fronteras formales: traslada algo de un contexto semántico a otro y a menudo se vale de lo conocido para introducirse en un espacio ignoto, con lo que inicia una primera aproximación. Es la avanzadilla informal que permite nombrar y colonizar un territorio nuevo mediante cierta clase de analogías. A menudo establece vínculos indirectos, connotativos más que denotativos, asociaciones, fogonazos inteligentes, casi siempre eficaces. Allí donde el concepto queda frenado, la metáfora es una pértiga para saltar barreras disciplinares, dado que el carácter maleable del tropo

<sup>19</sup> LINARES, J. E., *Adiós a la naturaleza. La revolución bioartefactual*, Madrid, Plaza y Valdés-CSIC, 2019, pp. 19, 21-23.

lo permite, desencadenando consecuencias prácticas relevantes. La debilidad de la inexactitud se convierte así en una ventaja para la comunicación, por eso estos *atajos* de sentido ayudan a construir pautas mentales y de acción en diversos terrenos (por ejemplo, la medicina actual propone al paciente el uso de metáforas adecuadas para crear actitudes beneficiosas y sobrellevar mejor algunas enfermedades graves como el cáncer).

La filosofía siempre ha prestado atención a las metáforas, pero últimamente han sido vinculadas cada vez más a la producción de conceptos, en la medida en que ambos instrumentos de conocimiento buscan establecer relaciones penetrantes entre cosas distintas. La época contemporánea los ha llegado a solapar, basten los ejemplos de Nietzsche, Arendt, Derrida o Ricoeur. Pero quizá el caso de H. Blumemberg sea más significativo porque permite unir este tema con el mundo de la vida: «La metaforología intenta acercarse a la subestructura del pensar, al subsuelo, al caldo de cultivo de las cristalizaciones sistemáticas», y es así «una reserva fundacional de existencias» que alimenta los conceptos, aunque sea independiente de ellos<sup>20</sup>. Las metáforas permiten captar y recoger el humus del pensamiento, facilitan el paso hacia su expresión posterior y además ordenan en primera instancia un todo que es de entrada inabarcable. Tal es el papel —según Blumemberg— de las llamadas *metáforas absolutas*, como el mar, el libro, la luz, el teatro, la máquina, el naufragio..., que ofrecen el marco inicial (implícito) de interpretación para desarrollos ulteriores (explícitos). Podría decirse, pues, que primero facilitan el tránsito desde las profundidades a la superficie de la conciencia colectiva, y, en segundo lugar, desde una suerte de ontología general (p. ej. la *legibilidad* de lo real, el libro de la naturaleza) a lo particular (diferentes lenguajes inscritos en las cosas como el divino, el matemático o el genético)<sup>21</sup>. ¿No ocurre algo similar cuando hemos hablado de una escala de estratos y continuos?

Donde hay algo de difícil articulación, la metáfora ayuda a orientarse porque se adapta a diferentes campos y los vincula. Una de las claves para explicar esta peculiar capacidad es que responden a una profunda dimensión psicofísica del ser humano, auténtico mínimo común denominador de las experiencias, en sentido espacial y anímico: muchos estados se asocian al arriba y el abajo, delante y detrás, cerca y lejos, dentro y fuera... del cuerpo; y se dice por ejemplo tener la moral alta, ir de cara en el trato, hacer daño por detrás, sacar fuera lo que se siente. O vehiculan relaciones con el tiempo, los sentidos, la actividad y la fuerza: se habla de una distancia tal para llegar en 5 minutos, de la inteligencia que ve dentro de las cosas, del amor entendido como una fuerza imparable, de construir un edificio intelectual, de asimilar la creación de algo a un nacimiento o la argumentación a un combate, de afirmar la muerte de una ideología o alimentarse de ideas, etc. Todo ello, sistematizado y acumulado en la cultura, presente en mil formulaciones, lleva a concluir que las metáforas

<sup>20</sup> BLUMEMBERG, H., *Paradigmas para una metaforología*, Madrid, Trotta, 2003, pp. 47 y 45.

<sup>21</sup> BLUMEMBERG, H., *La legibilidad del mundo*, Barcelona, Paidós, 2000.



impregnan el pensamiento y la acción, filtrándose a los conceptos, incluidos los de carácter metafísico que «sustancializan» las cosas (sea la forma de ser, el espíritu de una época, las causas y los fines...), y también los valores morales<sup>22</sup>. En resumen, a efectos prácticos, los significados ahí presentes a menudo nacen de la corporalidad y se proyectan en muy variadas instancias, con el interés añadido de que luego se comunican gracias a las metáforas que les dan forma.

La comprensión del mundo, incluida la realidad social, tiene mucho de metafórica, en la medida en que los tropos condensan formas habituales de interacción con las cosas, las personas y el entorno. Por eso guardan relación con la verdad, en tanto que recogen experiencias situadas (dentro de un contexto y sus juegos de lenguaje) y ayudan a objetivarlo matizadamente haciendo referencia a lo circundante. Algo que también acontece en los discursos más precisos y metódicos, pues resulta obvio que las metáforas se usan normalmente en las ciencias<sup>23</sup>, además de en los ámbitos estéticos, morales y espirituales, más propicios a primera vista. De ahí que se afirme que hay una «racionalidad imaginativa» que aporta nuevas posibilidades explicativas, al margen de la exactitud requerida en otros casos: el conocimiento «emerge de la siguiente manera: la naturaleza de nuestros cuerpos y nuestros ambientes físico y cultural impone una estructura sobre nuestra experiencia (...) La experiencia recurrente lleva a la formación de categorías que son *gestalts* experienciales con esas dimensiones naturales. Estas *gestalts* definen la coherencia de nuestras experiencias (...) Entendemos la experiencia metafóricamente cuando usamos una *gestalt* de un dominio de la experiencia para estructurar la experiencia en otro dominio»<sup>24</sup>. Parece una irradiación de sentido que va desde el conjunto integrado de cuerpo-entorno-símbolos hacia todo lo demás, configurando un mapa metafórico-categorial que empieza con experiencias básicas y llega después a cubrir lo más sofisticado, y por tanto desde lo conocido a lo desconocido; o, como decía Wagensberg, que pasa de lo trivial a lo muy elaborado.

No se quiere decir que la exactitud desaparezca (un físico como Galileo es el primero que usa una gran metáfora al asegurar que el universo está escrito en lenguaje matemático), sino que esa tupida red de metáforas está presente en muchos ámbitos y que su gran importancia teórico-práctica debe reconocerse. Lejos de elegir entre la precisión y la vaguedad, conviene reparar en los contextos y en los eventuales grados intermedios, así como en la posible actividad relacional de la filosofía que los considera. Y aquí encaja su papel específico en la búsqueda de la Tercera Cultura que vincule ciencias y humanidades, dado que aquélla reposa en gran parte en «la habilidad y precisión de la comunicación científica a la hora de encontrar las metáforas adecuadas para hacer saber al público en general lo que la ciencia ha llegado a saber sobre el universo, la

<sup>22</sup> LAKOFF, G. y JOHNSON, M., *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 1991, pp. 275 y antes 236.

<sup>23</sup> PRETA, L. (comp.), *Imágenes y metáforas de la ciencia*, Madrid, Alianza, 1999.

<sup>24</sup> LAKOFF Y JOHNSON, *op. cit.*, p. 275.

evolución, los genes, la mente humana o las relaciones sociales»<sup>25</sup>. La metáfora transmite y en cierto modo traduce el conocimiento porque aúna fondo teórico y forma verbal, hasta el punto de que sirve a campos muy distintos del saber y unifica sus resultados de cara a un destinatario común. Cosa aún más evidente en la conexión entre teoría y praxis, por ejemplo cuando se habla analógicamente de la *lucha biológica* de los anticuerpos contra los virus y también se propugna la *lucha social* contra la pandemia en otros planos.

Lo dicho redundante en su utilidad para conectar entre sí los estratos o niveles ontológicos que nos ocupan y éstos con el mundo de la vida en caminos de ida y vuelta, además de abrir campos de realidad híbridos o mestizos. He aquí algunos ejemplos elocuentes y dispares de tales combinatorias entre registros humanos y no humanos, impersonales y culturales, vivos e inertes, científicos y letrados: la evolución opera por *selección* natural, el ADN es el *código* de la vida, la inteligencia artificial, la comunidad de microbios, el hormiguero funciona como un individuo, el teléfono inteligente, la bomba de racimo, la belleza de una ecuación, la deriva genética, el metabolismo social, la nube de datos, la ingeniería genética, la justicia poética, el pensamiento lateral, una olla a presión emocional, el tiempo es oro, la especulación financiera, el salto cuántico, la armonía de las esferas, un ecosistema maduro, la memoria colectiva, la materia oscura, la atomización social... Las mezclas entre lo físico-químico, lo orgánico, lo social y lo mental-cultural son patentes e ilimitadas, por más que haya casos de muy distinto rango, algunos genéricos y otros más especializados o instrumentales. Hay pues muchos grados y ramificaciones, saltos mayores o menores que tejen redes de sentido entre sectores de lo real: árbol de levas, llave de estrella, ratón del ordenador, ciberespacio, bisturí láser, espacio de fases, ciudadanía ecológica... Ahí convergen lo viejo y lo nuevo, lo dado y lo creado, etc., pero siempre al servicio de una experiencia integradora.

Si extrapolamos estos apuntes a la dialógica constante entre sujetos y objetos, resurge una vía fecunda para lograr la perenne aspiración de unir sensibilidad y entendimiento, naturaleza y razón, materia y forma, intuición y concepto, mediante el juicio casi *poético* que consiste en poner el nombre *acertado* que define algo y permite relacionarlo, a caballo entre lo categorial y lo literario, sin reglas fijas ni modelos obligados, pero tampoco de modo arbitrario o absurdo, sino mostrando lo que parece razonable y oportuno<sup>26</sup>. Diríase que es un saber flexible, donde se une lo categorial y lo metafórico, para lidiar con toda suerte de ambivalencias, dado que el mundo y la vida humana son con frecuencia dicotómicos y escurridizos. Otra manera, en fin, de relacionar la pluralidad de los seres y las cosas, añadida a los lazos entre singulares que se hallan en distintos campos o regiones del ser. En resumen, vale la pena subrayar la importancia de un uso lingüístico fronterizo que aporta significados en forma

<sup>25</sup> FERNÁNDEZ BUEY, F., *Para la tercera cultura. Ensayos sobre ciencias y humanidades*, Barcelona, El Viejo Topo, 2013, p. 325.

<sup>26</sup> ALEGRE ZAHONERO, L., *El lugar de los poetas. Un ensayo sobre estética y política*, Madrid, Akal, 2017, pp. 152, 305-309.

de nexos oblicuos, cual encarnación concreta del objeto-red y del vocablo-red, y que resaltan la apertura ontológica de los entes y su interdependencia, más allá de la identidad cerrada o de la definición simple.

4.3. El tercer aspecto anunciado de la noción de red (como se ve, es una metáfora y un concepto polivalente) permite recapitular buena parte de lo que se ha visto y transitar en última instancia hacia la realidad entendida como red de redes. Se recordará que *logos* guarda una relación etimológica con el acto de tejer que no queda lejos; o que las redes se usan mucho para explicar cuestiones de física y química, biología o neurología; al igual que hay redes eléctricas, de transporte y comunicación; y que las redes son aplicadas a instituciones, a grupos criminales o a tecnologías de la información, etc. El término está vigente en campos materiales, simbólicos o virtuales, e integra lo multidimensional, orillando incluso las divisiones habituales entre ciencias naturales, sociales y humanas. Por eso es una noción capital en la construcción de la Tercera Cultura, así como en la representación de una realidad dinámica con sus múltiples interacciones, sean internas a los niveles ontológicos (con su propia estructura y organización de elementos), o sean externas entre ellos, e incluso ofrece la posibilidad de trazar vínculos transversales. De hecho, las redes —a mitad de camino entre lo descubierto en la realidad y lo creado— hacen visible lo antes invisible, dentro de los parámetros elegidos para un estudio, y además lo muestran de una forma que desborda la conceptualización tradicional.

Hay que referirse mínimamente al carácter técnico de la teoría de redes complejas, resumiendo ideas de D. Watts y S. Strogatz, L. Barabási, R. Albert, M. E. Newman y R. Solé: sea cual sea el sistema de fenómenos reticulares estudiado (proteínas, internet, tráfico aéreo, migraciones, lenguajes...), las redes tienen propiedades universales basadas en las relaciones entre sus elementos (la forma se antepone a la materia), lo que puede matematizarse y representarse gráficamente. Las claves son los *nodos* (objetos, conceptos, etc.) y los *enlaces* (líneas, vínculos) que dan lugar a una estructura, donde las distancias entre nodos suelen ser cortas y crean pequeños mundos (*small worlds*). Se tienen en cuenta las agrupaciones de nodos (*clusters*), así como la posición y el número de vínculos de cada uno (*grado de centralidad*), lo que puede aplicarse a datos masivos (*big data*) sobre algún fenómeno para poner de relieve su estructura, patrones y tendencias. Surge así una visión muy amplia a la vez que reglada, no lineal ni determinista, multidisciplinar, gracias al uso de herramientas topológicas, geométricas, analíticas y probabilísticas, dirigidas hacia la comprensión cualitativa, no sólo a la medición o la estadística<sup>27</sup>. Falta bastante por averiguar, pero lo que ya se sabe es muy prometedor.

Se pasa así de las nociones de sistema o estructura al más amplio de red, donde las jerarquías no importan, en beneficio de las conexiones de tipo *trans-nivel*. Las redes sirven para aprehenderer las relaciones entre sujetos y objetos sin decantarse por uno de los polos, entre el caos aparente y el orden que

<sup>27</sup> SCHWARTZ, G. A. y BERMÚDEZ, V. E. (eds.), *Nodos*, Pamplona, Next Door, 2017, cap. 1.

emerge de forma reticular, entre lo cuantitativo y lo cualitativo, lo regular y lo aleatorio. Semejante enfoque multicausal y combinatorio de nodos en distintos sistemas y organizaciones supone nada menos que un nuevo paradigma a la hora de integrar los conjuntos de variables, relaciones y planos de lo real. Piénsese, por resumirlo en una expresión transversal, en las denominadas «redes anidadas»: redes neurales que manejan redes de palabras y producen redes de significados para una red social. Haya o no un tipo idéntico de redes en esos registros, el sentido profundo es común, propio de una herramienta que guarda la capacidad superior de conectar, dar significado y ser aplicada a muchos contextos de segundo o más grados. Es obvio que todo depende de la manera en que se formalizan las redes por parte del ser humano y que habrá sesgos, como los hay en la programación de algoritmos, pero se trata en cualquier caso de una nueva vía conceptual de ver las cosas, captando la relacionalidad dentro de un todo como nunca antes se había logrado.

Y añade una forma revolucionaria de representarlo gráficamente: con este instrumento se construyen «mapas abstractos», diferentes de los habituales, que ofrecen una visualización de los datos (*data visualization*) por medio de «macroscopios» que descubren las pautas de comportamiento en grandes conjuntos. De este modo los estudiosos y el gran público pueden entender, valorar e intercambiar ideas sobre realidades antes no visibles ni evaluables. Además de técnicas, estamos usando una vez más metáforas innovadoras para nombrar un nuevo espacio de conocimiento, en este caso otra versión de la cartografía que rebasa las disciplinas particulares. Pero lo que decide finalmente son los clústeres naturales de los objetos, sólo en parte delimitados por el sujeto, que se deja guiar por los datos (*data driven research*) y las jerarquías espontáneas (pues esta red es isotrópica, sin arriba o abajo); a la par que se abre la posibilidad de explorar dentro de la meta-red de los conocimientos ya adquiridos y así lograr lecturas inéditas de los mismos, conectándolos en otro plano. Sin entrar en detalles todavía, lo que aquí se aprecia es la realización efectiva de un mapa de mapas, por un lado, y un estudio de las propias representaciones en una segunda línea de abstracción, algo que tiene aplicaciones científicas, técnicas, estéticas o literarias... que deberán explorarse en otro momento<sup>28</sup>.

#### COLOFÓN

Es cierto que en la teoría de redes complejas prima lo formal y que se limita lo empírico y metafórico de aproximaciones anteriores, pero en última instancia se suma a las otras vías de aprendizaje y comunicación. Captar la sobreabundante pluralidad cuantitativa y cualitativa de lo real requiere diferentes perspectivas y herramientas, aplicando unas u otras en función del objeto

---

<sup>28</sup> El volumen recién citado ofrece un compendio de esas posibilidades, de la mano de diversos autores.

y de las situaciones, pues todas contribuyen a mostrar la complejidad inabarcable de lo existente. Los viejos sistemas metafísicos y sus categorías fijas han quedado atrás a causa de obvias razones históricas y de enfoque, pero los aquí mencionados —en parte deudores de aquellos— han contribuido a abrir caminos nuevos y en ningún caso se renuncia a elaborar ontologías solventes. Ya se trate de clases naturales o de metadatos, en ese trabajo perenne hay que buscar sinergias y sumar recursos de manera novedosa e interdisciplinar. Así ocurre, por dar dos referencias concretas, con el uso de redes complejas aplicadas a las humanidades digitales (por ejemplo, en *The Culture Plex Lab* de la Western University de Canadá) o en los grandes proyectos que estudian el cerebro del *sapiens* en EEUU y Europa. Los conceptos antiguos y recientes, las mediciones cuantitativas, los modelos tecnológicos, las metáforas y los marcos culturales pueden colaborar entre sí.

Utilizar conceptos renovados no significa abandonar los conocidos, sino modificarlos cuando sea posible y añadir otros, como ya mostraban las ideas-metáforas de regiones, estratos o niveles, continuos... Ahí surgía ya otra atención a lo diverso, mediante nociones entonces novedosas como sistema y estructura, emergencia u organización... Lo que a su vez demanda nuevos modos de conectar esa multidimensionalidad y expresarlo con fuerza, huyendo de los reduccionismos de toda condición. Por eso conviene echar mano —según el contexto— de fórmulas como las apuntadas, que van del mundo de la vida a las redes (en particular las *free scale networks*, adecuadas a lo complejo). Queda mucho por investigar aún sobre su posible integración, pero esas nociones sirven para poner de relieve aspectos diferentes, toda vez que convergen en la tarea *poliscópica* de abordar lo que el humano descubre y crea bajo el nombre de realidad. Y es que esa riqueza ontológica no determinista ya está presente en el sujeto humano (también colectivo e histórico), que necesita seguir conociéndose a la par que inventa sentidos para todo lo que entiende, necesita y desea de múltiples maneras, precisamente para lidiar con sus limitaciones y la inagotable perplejidad de la existencia.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Alegre Zahonero, L. (2017). *El lugar de los poetas. Un ensayo sobre estética y política*. Madrid: Akal.
- Blumemberg, H. (2003). *Paradigmas para una metaforología*. Madrid: Trotta.
- (2000). *La legibilidad del mundo*. Barcelona: Paidós.
- Boyd, R. (2010). «Realism, natural kinds and philosophical methods», en H. Beebeey N. Sabbarton (eds.), *The Semantic and Metaphysics of Natural Kinds*. New York: Routledge, pp. 212-234.
- Espinosa Rubio, L. (2001) «Pensar la naturaleza hoy», *Pensamiento*, vol.57, n° 219 (sept.-dic.), 431-450.
- Fernández Buey, F. (2013). *Para la tercera cultura. Ensayos sobre ciencias y humanidades*. Barcelona: El Viejo Topo.

- Fernández Mallo, A. (2018). *Teoría general de la basura (cultura, apropiación, complejidad)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Ferrater Mora, J. (1983). *De la materia a la razón*. Madrid: Alianza Editorial.
- García Gómez-Heras, J. M<sup>a</sup>. (2000). Ética y hermenéutica. Ensayo sobre la construcción moral del «mundo de la vida» cotidiana. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Habermas, J. (1990). *Pensamiento postmetafísico*. Madrid: Taurus.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1991). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra (2<sup>a</sup> ed.).
- Linares, J. E. (2019). *Adiós a la naturaleza. La revolución bioartefactual*. Madrid: Plaza y Valdés-CSIC.
- Marquard, O. (2001). *Filosofía de la compensación*. Barcelona: Paidós.
- Mosterín, J. (2008). *Conceptos y teorías de la ciencia*. Madrid: Alianza.
- Pardo, J. L. (2004). *La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores.
- Preta, L. (comp.) (1993)., *Imágenes y metáforas de la ciencia*. Madrid: Alianza.
- Prigogine, I. (1997). *El fin de las certidumbres*. Madrid: Taurus.
- Robinson, H. (2003). «The Ontology of Thought», en M. J. Loux y D. W. Zimmerman (eds.), *The Oxford Handbook of Metaphysics*, Oxford University Press.
- Schwartz, G. A. y Bermúdez, V. E. (eds.) (2017). *Nodos*. Pamplona: Next Door.
- Zubiri, X. (1989). *La estructura dinámica de la realidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Wagensberg, J. (2010). *Las raíces triviales de lo fundamental*. Barcelona: Tusquets.

Universidad de Salamanca  
Facultad de Filosofía (Universidad de Salamanca)  
Departamento de Filosofía, Lógica y Estética  
espinosa@usal.es

LUCIANO ESPINOSA

[Artículo aprobado para publicación en febrero de 2021]